



L A E D A D D E S A L I R

DAVID ALIZO

Nunca falla cuando tengo un presentimiento, y esa mañana, antes de salir a tomar el cafecito negro de los chinos de la esquina, se apareció el Gato con la noticia, y no es que me deje intimidar tan fácilmente con las cosas del Jefe, sino que uno tiene que saber respetar porque si no las cosas no marchan y todo se viene abajo, y eso también lo presiente uno y sin embargo no hombre chico hay que ser optimista, las cosas van a salir bien, no hay por qué preocuparse. Pero esa mañana de que lo sabía lo sabía, y aunque al Gato no se le puede creer nunca nada, sin que él se diera cuenta me dije ya las cosas están cambiando, viejo, ya no eres el de antes, pero en el mismo momento pensé el Jefe tiene la manía del reumatismo como si fuera la única enfermedad que existe, la tiene metida en la cabeza como un piojo, alimentándola constantemente, hasta que caiga y en la isla le rapen el coco y se le quite la maña del reumatismo.

El Gato se quedó sorprendido con mi silencio, me miraba y todavía no creía lo que sus ojos veían, porque yo estaba haciéndome el *musiú* mientras lo escuchaba a él sin contestarle nada, componiendo, simplemente, las hebillas de mi chaqueta de cuero. “Es que el Jefe piensa que el reumatismo es traicionero, Crispulo, él tiene experiencia, viejo”. Y yo imaginaba las cosas del Jefe: “Gato”, o Arquímedes — porque a veces lo llama Arquímedes, aunque su nombre de cédula, la de verdad verdad, es Ermilio, Ermilio Semprún, y a veces lo llama como le decimos todos, Gato, porque de noche tiene ojos de murciélago aunque la gente dice que los mulciélagos no tienen ojos y por eso se la pasan chillando —, Gato o Arquímedes, como quiera que lo haya mentado: “Gato, Crispulo no puede seguir con esas sonajas que tiene en los pies; tarde o temprano, todos estaremos haciendo cajitas de madera por su culpa”.

Pero las cosas vienen como caídas del cielo. El hombre propone y Dios dispone. Así es, amigo, y nada más. Yo hubiera preferido quedarme con mi reumatismo, con mis cascabeles en los pies, pero con el puestico que me había designado el Jefe.

Yo le dije al Gato “vamos a tomarnos un negrito en el café de los chinos”, pero él me respondió como yo — incluso como lo — presentía y lo único que me dijo fue “nos vemos esta noche en Santa Capilla, el jefe tiene que decirte algo más”.

Toda la mañana y la tarde estuve sacando cuentas de las cosas que podrían suceder, de las ideas del Jefe, del reumatismo y de los chirridos de mis pies.

Aquella noche me aparecí por Santa Capilla más temprano que nunca, y como hacía frío, cargaba la chaqueta con el cierre hasta la garganta. En el bar de Terencio pedí un roncito que me sacudió el alma, por lo que inmediatamente ordené el otro, ya que así colocaba de nuevo mi alma en su verdadero sitio. Pero de una vez comenzó a picarme algo en el estómago, algo como un bachaco de esos que dejan la ponzoña bien adentro y cuando uno se cansa de darse con las uñas es que se le viene a quitar la picazón. Entonces pedí otro roncito y después el otro, y me imaginaba que me daba y me daba con la mano de plástico que venden en El Silencio, como si fuera un tragaespadas.

Cuando salí del bar de Terencio ya casi no veía veredas, entonces pensé ajá, la cosa como que no era bachaco, la cosa como que era de gato, o del Gato, así es mejor. Hombre pa pendejo me dije, y sabía que tenía razón, porque sin veredas como que echaba a perder las cosas más de lo que estaban. "Ahora me voy derechito a Santa Capilla y nada de que se me enfríe el guarapo".

Así son las cosas, amigo, así y nada más. Y uno todavía pensando en esos trópicos que hacen por Guayana, porque allá los calores no son de hombre, son unos trópicos fuertes, amigo, y uno se quita la camisa y más luego los pantalones y dale con la botellita que comienzas a ver llena de cerveza, con hielito por fuera, como la servía Dolores (yo le decía: "Dolores, quiero mi parrilla con una buena cervecita, de esas que tienes en la güestinjause; ¡bien fría, Dolores!), pero nada, amigo, nada de cervecitas, sólo galofas y uno desesperado, sólo galofas y Guardias Nacionales.

No quiero decir que soy un cobarde, pero hay que ser joven para llevar a cabo las ocurrencias del Jefe. Ya me lo imagino: "hoy voy a terminar con las sonajas de Crispulo". ¿Y qué fue lo que ganó, pues? Nada. O si lo supiera no estuviera con esta historia. Pero el Jefe lo dijo y lo hizo, y yo por andar metido en el bar de Terencio me quedé sin mis cascabeles y sin el puestico, porque estoy seguro que en el camino a Santa Capilla comenzaron a sonarme los pies, dale que dale, cada paso que daba estaba acompañado del eterno ruidito, y eso que había tenido los pies en remojo toda la tarde, mientras le daba vueltas a la cabeza qué es lo que va a pasar, Santa

Tecla divina, qué es lo que tiene en la cabeza el Jefe, Santa Tecla, decime de una vez, decime si está pensando en mis sonajas, pero decímelo ahorita, Santa Tecla.

Y todo lo que presentí pasó.

Cuando llegué a Santa Capilla encontré al Chingo. “¿Todavía en veremos, viejito?” “Vamos, chico, que estoy en vena”. “No juegue, Crispulo, ¿en vena? Y todavía te acuerdas de las morocotas que te sacastes en Timotes”. “Eso ya pasó”.

Todo el mundo decía que el condenado usurero de *El Porvenir* las tenía enterradas en un saco de lona, en el solar de su casa, debajo de una mata de onoto. También decían que había abierto un hueco debajo del mostrador de la pulpería y que él dormía allí, con una *marina* muy afilada y con un chopo que le había comprado al General Juan. Pero yo me metía todos los días en *El Porvenir* y conversaba con el condenado usurero y le pedía un palito de *miche*: “el camión lo tengo accidentado en El Aguila, paisano, cargado hasta el tope, y estoy esperando los repuestos de Caracas” le decía. “Por aquí hay mucho comercio, amigo, y la gente es buena, ¿sabe? Sí, quedan algunos vagabundos, pero no están enguerrillaos como antes”. “Pero yo digo que es un peligro andar con los reales en el bolsillo, paisano”. “En el bolsillo no, pero sí en la caja de hierro, porque los bancos lo que le dan a uno son papeles, y yo no sé firmar”.

Fue cuando me busqué aquel muchacho de Timotes y mandé a llamar al que tenía escondido en la Quebrada, y esa noche me fui con el condenado usurero a beber: “hay que tirarse unos michitos de vez en cuando”, me decía. Yo me imaginaba la caja de hierro rodando hasta el barranco y allí la mula lista para arrastrarla hasta el arenal donde teníamos la camioneta con el motor caliente, preparada para salir, mientras oía los cuentos del condenado usurero. Cuando lo dejé me fui enseguida hasta el arenal, pero los muy carajos se habían perdido con la camioneta y la caja de hierro. No los volví a ver más nunca.

Las cosas que suceden son cosas de la vida, amigo, y uno está atado a este mundo porque uno se encariña, pero si uno se fija bien, uno no tiene la culpa de que las cosas estén como están, porque todos hemos nacido sin saber lo que pasaba aquí, y dicen que uno lleva el pecado de haber nacido. Pero quién, ¿quién fue el que dijo que quería nacer, amigo? Y es lo mismo: el Jefe llega y me pone en tres y dos, y yo pienso “éste como que no sabe que yo también tengo estómago”. Entonces te pones a pensar bien la cosa, porque es igual

al pecado de nacer. Por eso cuando el Jefe me lo dijo sentí que algo se estaba muriendo en el mundo y algo estaba por nacer. El Jefe me dijo:

— Hay que echarle grasa a los pies, Crispulo.

— Hoy como que están serenitos, Jefe.

— No hay que hacerse ilusiones, Crispulo. Esas malditas sonajas me tienen enfermo. Te dije que al reumatismo había que liquidarlo. Si lo hubieras hecho, a estas alturas tuvieras bien los pies, sin ruido, Crispulo.

— Pero no hemos sacado nada últimamente, Jefe.

— ¿Y el remedio del Gato?

— Arnica, y esto no es de árnica sino de doctor.

El Jefe se apartó a conversar algo con el Gato y regresó inmediatamente (recuerdo al Gato con una sonrisa sarcástica, buscando la mirada del Chingo).

— A ver si te conviene esto, Crispulo.

Y fue como lo presentía. Esa noche había un trabajito en una joyería, en el centro de la ciudad, que el Jefe decía “está cargada de oro, yo tengo el dato y la manera de meternos”, y a mí me parecía que la cosa no era tan así, tan cargada de oro, pero el Jefe me dijo “está bien, Crispulo, está bien, pero no quiero oír esas malditas sonajas que tienes en los pies porque te meto dos balas, una en cada pie”, y yo “bueno, estamos de acuerdo, estamos de acuerdo, dos balas, una en cada pie”.

No quiero contarle esta condenada historia con puntos y comas.

Hay cosas que no merecen recordarlas aunque se tenga la certeza de que esas cosas sucedieron sin uno proponérselas.

A veces los amigos cansan, a veces tanto le dicen a uno que ha llegado la edad de dormir a las ocho, que uno se molesta y se pone nervioso. Y cuando nos dicen eso y encima siguen martillando con el asunto de las sonajas, la cosa es peor. Por eso preferí quedarme rezagado, tal vez con la intención de que no me escucharan las sonajas y de evitar que el Jefe me pescara el tufito de ron que traía en el estómago.

Cuando caímos en el depósito de la joyería el Jefe llamó al Gato y le dio unas instrucciones que yo no pude oír. El Gato se metió por una puerta y el Chingo lo siguió. Entonces el Jefe me dijo “estamos listos, Crispulo, camine”. Qué se va hacer. Después me lo decía: “si no

me hubiera dicho camine, no hubiera entendido qué era lo que se proponía el Jefe". Camine quería decir algo más. Maldita sea la que lo parió. Camine no significaba "Críspulo, buscá el oro y llenate los bolsillos". Camine quería decir "quiero oír esos cascabeles para meterle dos balas y acabar con ellos". Entonces le dije: "no Jefe, camine usted". Y luego: "está bien, Jefe, yo lo sigo". Y él: "las cosas se hacen como yo digo, Críspulo". Inmediatamente: "camine, Críspulo, camine". Y yo pensaba "estoy listo, nunca pensé que el Jefe lo fuera a hacer", porque se necesita ser joven para llevar a cabo una ocurrencia como ésa.

Sin embargo estaba clavado en el suelo, mirando al Jefe, seguro de que por nada del mundo me movería de aquel punto, que nadie me arrancaría de allí, ni la voz, ni los ojos, ni — incluso — el revólver del Jefe. Estaba nervioso, pero él no se dio cuenta cuando saqué mi pistola y lo busqué en la oscuridad hasta que supuse lo tenía a tiro, entonces disparé dos balas y de una vez oí la voz del Gato: "no le dije, Jefe, que los pies le tenían que sonar", y la voz del Chingo: "ahí tienes Críspulo, por no retirarte a tiempo", y después la del Jefe: "me muero, Gato, el viejo me salió primero". Entonces el Chingo prendió una linterna.

Lo último que vi fue al Jefe cuando se desplomaba en el suelo, abrazándose el estómago. El Gato y el Chingo comenzaron a buscarme, pero yo había saltado la pared del — de lo que me había dicho era un — depósito de la joyería y corría con toda mi fuerza, sin escuchar los cascabeles que tenía en los pies.